

Por sus palabras los conoceréis

La reciente dimisión de Benedicto XVI trae a la palestra la actual situación y futuro de la Iglesia Católica. Tal anuncio ha desencadenado las luchas por el poder dentro de la organización religiosa. Después de todo sigue aun conservando un poder considerable a pesar de la pérdida de influencia que a lo largo de los dos últimos siglos ha padecido.

Dicha influencia se manifiesta tanto en el plano político como en el económico, y no es raro oír voces demandando la vuelta a los orígenes, que supuestamente coincidirían con una postura mucho menos interesada, y mucho más humana y solidaria.

Pero ¿Es realmente así?

En realidad tampoco es tan difícil constatar que la imagen de la iglesia primitiva está de hecho idealizada. Si repasamos los documentos correspondientes a los primeros cinco siglos nos podemos llevar más de una sorpresa.

Desde los inicios del cristianismo, este mostró un claro dualismo frente al reparto de la riqueza y una más que evidente defensa del statu quo existente en lo relativo a la estructura de poder, tanto en relación al poder político y económico como a la relación entre sexos.

Tan pronto como en el siglo I, Ignacio de Antioquía, uno de los padres apostólicos por su cercanía a los apóstoles, sienta las bases de la autoridad de la Iglesia, que no puede ser cuestionada por los creyentes, con frases como las siguientes:

"Es evidente que debemos contemplar al obispo como si fuese el mismo Señor."

"Sin el obispo no debéis emprender absolutamente nada. Quien honra al obispo, es honrado por Dios; quien hace algo sin contar con el obispo, sirve al diablo."

Y ya en esos tiempos se exige de los feligreses el mantenimiento económico de dichos obispos. Con el tiempo se establecerá un sistema de reparto de los ingresos. Concretamente, a partir del papa Simplicio (468-483) se opta por reservar una cuarta parte para el obispo, otra cuarta parte para el resto del clero, otra más para el mantenimiento del templo, y la última cuarta parte para los pobres. Y

aunque este sistema fue el más extendido a lo largo del tiempo, perduró fuera de Roma durante un largo periodo una variante anterior en la que la reserva del obispo era de un tercio.

Del mismo siglo I es Clemente Romano, santo y cuarto papa, quien no duda en afirmar "*Que el fuerte vele por el débil y que el débil se preocupe por el fuerte; que el rico apoye al pobre, pero que el pobre dé gracias a Dios de que éste haya dado al rico lo necesario para remediar su penuria*", dando por válido el reparto injusto de la riqueza y utilizando el recurso de la caridad como paliativo. Con ello se descarta totalmente el derecho de los pobres a aspirar a un modelo de sociedad diferente en el que solventar las carencias a que están sometidos no dependa de la voluntad de quienes más tienen, y encima los pobres deben mostrar su agradecimiento por ello.

Pero no se limita a esto, sino que reinterpreta un pasaje del nuevo testamento para hacerlo compatible con la riqueza, tal como se puede leer en el siguiente párrafo

"Ve y vende cuanto tienes ¿Qué significa esto? Él no le ordena, como algunos interpretan superficialmente, que deseché los bienes que posee renunciando a esa posesión, sino que aleje de su alma los pensamientos posesivos, el amor pasional por aquellos, el anhelo irreprimible de ellos, la desazón enfermiza por ellos, espinas de la vida terrenal que ahogan la semilla de la vida eterna."

Una forma de suavizar las exigencias bíblicas a los ricos.

En el siglo II, Taciano que, pese a ser denunciado como discípulo de Marción y seguidor del encratismo, se le tiene por uno de los apologetas cristianos griegos, nos dice que "*La riqueza no es en absoluto tan ventajosa. Y cuando el rico se sacia, siempre quedan en último término algunas migajas para el pobre. Más aún, mientras que el rico siente las mayores necesidades, no siempre fáciles de contentar, el pobre obtiene fácilmente lo poco que él necesita.*"

No puedo menos que recordar las lamentables declaraciones de la famosilla Carmen Lomana, en las que aseguraba que los ricos lo pasan peor que los pobres ante la crisis, porque los pobres ya están acostumbrados a pasarlo mal. Tan impresentable la una como el otro.

También del siglo II es Arístides de Atenas, autor de la apología cristiana dirigida al emperador Antonino Pio (y a su antecesor Adriano) al objeto de demostrar que el cristianismo no planteaba al

imperio ningún problema. Así, y refiriéndose al *"orden estatal común a todos"* afirma que *"de esa manera, la situación vigente, tanto por lo que respecta a los pobres como a los ricos, es naturalmente beneficiosa y útil y no hay otro modo de vivir"*

Es evidente que desde la óptica cristiana no se plantea ninguna corrección al modelo social vigente que corrija las diferencias entre quienes nadan en la abundancia y quienes viven en la miseria.

Y estos planteamientos no solo no cambian, sino que se fortalecen en los siglos siguientes. Gregorio de Nacianzo (329-389), doctor de la iglesia, obispo y santo, afirma sin pudor que *"Aunque todos tenemos la misma piel, a unos les está dado mandar; a los otros, ser mandados. A los unos les es dado fijar los impuestos; a los otros, el pagarlos. Los primeros quedan impunes si cometen una injusticia. A los otros sólo les queda el recurso de hacer lo posible para sufrir lo mínimo"*. Y no contento con ello cree necesaria la prudencia a la hora de ejercer la caridad, aseverando que *"Al menesteroso, dale sólo un poco, pues ello no será poco para quien padece la necesidad."*

Más radical aún resultan las afirmaciones de Ambrosio de Milán (340-397), obispo, teólogo y santo, que no tiene empacho en decir *"Quien se acrisola en la riqueza, es en verdad perfecto y digno de la fama."* Una verdadera apología de los ricos, y dirigiéndose a los pobres le aconseja *"¡Que nadie se queje de su penuria, de que tuviera que abandonar su casa con la bolsa vacía! La golondrina es todavía más pobre, que no posee ni un ochavo y está sobrecargada de trabajo"*.

Juan Crisóstomo (347-407), uno de los cuatro grandes Padres de la Iglesia para el catolicismo y uno de los tres pilares de los ortodoxos, y por supuesto santo al que Benedicto XVI alabó y calificó de "Pastor de almas a tiempo completo" en 2007 con motivo del dieciseisavo centenario de su muerte, también tiene algo que decir sobre el tema. A los pobres, a los siervos les aconseja *"No te veas a ti mismo como servidor de un hombre, sino de Dios, obligado por tanto a hacer los honores al cristianismo. Entonces hallarás más fácil el acomodarte a todo: a obedecer a tu amo y a soportar sus caprichos y arrebatos repentinos. Considera que no es a él a quien haces un favor, sino que estás cumpliendo un mandato divino: así podrás sobrellevarlo todo con facilidad [...]. Un sirviente tan bueno y bien dispuesto lo querrá Dios para sí y lo recompensará con las fulgentes coronas del cielo"*.

Como vemos, la promesa de la futura recompensa en la otra vida debe ser suficiente para llenarnos de alegría y soportar resignadamente los sinsabores de esta. Pero hay más, porque en realidad somos los pobres, los siervos los realmente afortunados ya que el trabajo pesado es beneficioso para nosotros y nos permite disfrutar de la naturaleza de una forma más intensa que los ricos, agotados por sus fiestas. *"Y si atendemos al aire, hallaremos que el pobre lo disfruta más puro y abundante." "Podemos ver a menudo cómo un millonario alaba la felicidad de quien está en el taller y se procura el sustento con el trabajo de sus manos".* Además, Dios, desde su inmenso amor, ha dispuesto que *"el placer no sea obtenido por medio del oro y la plata, sino sólo mediante penas, tribulaciones y penurias"*. Puede que los ricos duerman en mullidas y lujosas camas, pero ¡Ay! *"A menudo permanecen insomnes durante toda una noche en sus cojines y no consiguen obtener un placer como el del sueño, por mucho que se las ingenien. El pobre, en cambio, tiene sus miembros fatigados cuando pone fin a su dura jornada y apenas se ha tendido, se apodera de él un sueño pleno, dulce y profundo obteniendo con él una nada pequeña recompensa a sus honrados esfuerzos"*. Y a todo ello añade *"Toda vez que el pobre duerme, come y bebe con mayor placer, ¿qué valor puede tener todavía la riqueza?"*, terminando con *"En aquellas cosas más importantes el pobre y el rico están, por lo demás, bien equiparados: ambos participan de igual manera del agua y del aire; de toda la naturaleza. Ambos tienen en sí la misma posibilidad de alcanzar la eterna bienaventuranza"*

Semejantes afirmaciones resultan tan pueriles, tan absurdas, tan estúpidas que no voy a hacer comentario alguno sobre ellas.

Teodoreto (393-458), obispo y teólogo, además de confirmar las peregrinas teorías del anterior personaje, nos dice *"¿Por qué aceptáis de mal grado que no todos hayáis llegado a ser un Crespo, un Midas o un Darío? ¿Cómo podrían todos ser ricos? [...]. ¿Quién aceptaría gustoso el papel de servidor si él gozara de tanta opulencia como los demás? [...]. ¿Quién aguantaría en las canteras y suministraría sillares, quién dispondría éstos en un conjunto sólido y bello para construir edificios, si no es porque la pobreza lo apremia y lo induce al trabajo?"*

Ante todo hombre práctico, nos argumenta la necesidad de que existan personas de baja condición social para que los ricos, él por ejemplo, tengan sus necesidades cubiertas.

Tampoco Agustín de Hipona (354-430), quizás el santo más utilizado por el catolicismo en sus panegíricos, se desmarca de estos criterios. Con la siguiente frase precisa claramente cual es el escalafón social que considera justo *"No desprecies a los ricos compasivos, a los ricos humildes, pues si el rico es humilde, cuánto más lo ha de ser el pobre"*.

Pero no solo en el reparto de la riqueza las posturas de la Iglesia Católica han sido siempre de servilismo al rico. También en las relaciones de poder entre poderosos y siervos, o simplemente en la relación entre hombres y mujeres han destacado por su falta de respeto.

De todos es conocida la misoginia de Pablo de Tarso, pero no es el único. Timoteo, compañero de Pablo, en una de sus epístolas afirma referido a la mujer *"Debe mantener un callado recato, pues Adán fue creado primero y sólo después Eva. Y no fue Adán quien se dejó seducir, sino la mujer..."*. Juan Crisóstomo insiste *"Tú eres el profesor de toda la familia. Dios envía a tu mujer y a tus hijos a tu escuela"*. Y Agustín de Hipona remata *"Eres tú (la Iglesia) la que educas e instruyes [...] guiándote no sólo por la edad del cuerpo, sino también del espíritu. Tú haces que las mujeres se sometan a sus maridos en casta y fiel obediencia. Tú otorgas a los hombres autoridad sobre sus mujeres. Tú sometes a los niños a sus padres bajo el signo de una docilidad completa [...]. Tú enseñas al esclavo que se sujete a su señor y no tanto forzado por la necesidad de su situación como por la deliciosa naturaleza del deber [...]. Tú enseñas a los reyes a velar por sus pueblos y exhortas a los pueblos a someterse a sus reyes"*. Y para que no haya dudas afirma *"Mulier non est facta ad imaginem Dei"* (La mujer no está hecha a imagen de Dios).

Quien pensara que la actual Iglesia Católica debía sus viciados planteamientos actuales a un proceso de degradación acaecido a lo largo de la historia, erraba. La actual Iglesia es plenamente coherente con sus inicios.

Y para dejar constancia de que la iglesia primitiva carecía de la humanidad que se le ha atribuido equivocadamente, baste ver algunas "perlas" del ínclito San Agustín.

Refiriéndose a la posible muerte de un hijo, se atrevió a decir que esta es provechosa para los padres: un saludable correctivo. *"¿Por qué no habría de suceder algo así? Cuando ya ha pasado, ya no*

afecta a los hijos y a los padres les puede servir de provecho al ser mejorados por los reveses humanos y resolver vivir más justamente".

Este ejemplo de falta de humanidad, de insensibilidad solo es comparable a su defensa de la guerra con frases como estas "*Que yo sepa, nadie murió en ellas que no hubiese tenido que morir más tarde o más temprano*", o "*¿Qué se puede objetar contra la guerra? ¿Acaso que en ella mueren personas que, no obstante, han de morir algún día?*"

Es evidente que la Iglesia Católica ha adolecido de los mismos defectos desde su aparición como estructura organizada. La idea de la existencia de una iglesia primitiva no mancillada por el egoísmo, la prepotencia y la subordinación al poder es una falacia.